

# Ya llegué

Ana Claudia Martínez



Image not found.

# Capítulo 1

## Ya llegué

En la misma noche, tres veces, la idéntica pesadilla. Despertaba agitada, con la respiración entrecortada, la garganta tironeada por un lazo y sumida en una visión negra. Escupía tierra, pedazos de pasto entre los dientes, piedras que le rompían las muelas y un dolor punzante en el cráneo. Los martillazos en las sienes le teñía la vista con luces multicolores. Quería llorar y no podía porque algo atravesado en la tráquea le impedía tragar. Sentía que se moría.

Serían las nueve de la mañana. Las cortinas cerradas del cuarto le impedían ver la luz del sol. Cubierta por el acolchado hasta el mentón dudó si incorporarse o meditar sobre su malestar. No se repiten los sueños. O quizá sí, pero no con la misma exactitud. Quiso llamar a su madre pero recordó que a esa hora ya estaría en la oficina. Siempre puntual habría marcado la tarjeta de entrada a las nueve menos cinco. Desde los doce años se había acostumbrado a despertar sola, elegir la ropa para ir a estudiar, organizar los cuadernos, tomar el desayuno que su madre le dejaba servido en la cocina y partir en la misma bicicleta hacia el liceo. Nayla no la extrañaba ni sentía esto como una ausencia porque las hijas de madres solteras comprenden las reglas de la vida con rapidez. Las cosas son como son. Nada de llorar y rabiarse por nimiedades. Se gana el peso para la comida o se muere de hambre. Una madre está presente aunque su cuerpo esté rompiéndose en el trabajo. Se recompone en el viaje de regreso a casa y ahí se está presente, por sobre todo, con el alma. Aunque le doliera reconocerlo y se sintiera un poco débil por ello, hoy sí la extrañaba. Sentía un miedo oscuro que le mojaba el cuerpo. La transpiración la dejaba pegada a la cama y tan solo pensar en descorrer las sábanas le parecía mover una montaña. *"Mami, vení, tengo miedo"*, pensó y se asustó de su pensamiento. Nunca había tenido ataques de pánico pero había escuchado sobre ellos. Quizá sus pesadillas fuesen el terror liberado en los sueños. Giró la cabeza hacia su izquierda y vio una rosa en la mesa de luz. Una foto suya de cuando tenía cinco años, mostrando con orgullo un dibujo hecho a crayones, resaltaba en un modesto autorretrato. Seguro su madre la había visto agitada en la noche y decidió mimarla antes de ir a trabajar. Aunque el cuerpo le pesaba como si no fuese suyo hizo un gran esfuerzo por incorporarse y lo logró. Quedó unos minutos inerte mientras los pensamientos se le ordenaban. Un torbellino le impedía disipar la niebla de los ojos. Se tocó la lengua en un instinto al recordar los vestigios del sueño. No había tierra ni nada parecido. Suspiró aliviada aunque el dolor no se iba. Quizá este nuevo compañero recorriera cada una de sus horas en ese día.

Decidió no desayunar a pesar de que las tostadas estaban aún calentitas. El café con leche emanaba un aroma que corporizaba a su madre. No tocó

nada de la mesa y se llevó un pétalo de la rosa. Sentía tenerla, en ese pedacito perfumado, junto a ella. Hoy se había levantado sintiéndose pequeña. La niña de la foto estaba viva como si el tiempo no hubiese transcurrido. Los mismos miedos y fantasías le surcaban la mente pero unidos a una sensación de vulnerabilidad que desconocía.

Si le dirigieron la palabra en el liceo no tuvo ánimos para darse por enterada y menos para responder. Parecía que su vida hubiese quedado hecha un ovillo en la cama. La que andaba por esas calles, y ahora estaba sentada aburriéndose en clases, era una sombra. Se sentía lívida y disipada. A pesar del profundo malestar notó que su amiga Clara estaba rara. No se había hecho la típica cola de caballo, sino que llevaba el pelo despeinado, y quizá hasta sucio. El uniforme, siempre impecable, estaba desalineado e incompleto. Llevó la camisa blanca en vez de la azul y el buzo no era el de siempre. Tal vez a último momento había tomado prestado uno de su padre para no sentir frío rumbo al liceo. No le habló en toda la clase pero tampoco lo hizo con otros compañeros. Hoy Clara estaba oscura. Quiso acercarse pero el cuerpo se lo impidió. Estaba estaqueada en aquel banco lleno de garabatos. No tenía más energía que la necesaria para resistir hasta la hora de la salida. Quería llegar a su casa y tirarse de nuevo en la cama. Que el tiempo transcurriese rápido hasta que su madre pusiera la llave en la cerradura. "*Cómo te necesito, mami*", pensó en medio de un nudo apretado en el estómago.

La bicicleta mostró la misma falla que detectó al ir al liceo. Algo frenaba la rueda de adelante y la trasera parecía torcida. Más tarde pediría ayuda para arreglarla pero lo primero era llegar a casa a tomar un analgésico. No aguantaba un segundo más el dolor de cabeza. Le impedía pensar con claridad. Por momentos el sabor amargo de la tierra le invadía las papilas gustativas. Un reflujo le invadía el esófago como un volcán en erupción. "*Debe ser que no he comido nada*", reflexionó en esa telaraña mental que parecía no querer soltarla. Tiró la bicicleta en el patio y con desgano quitó una esquinita de aquellas tostadas. Fría y blanda rechazó ingresar en su cuerpo. La escupió sintiéndose asfixiada. Probó tomar agua pero no pasaba de la cavidad bucal. En la garganta algo rechazaba lo que quisiera dar vida a su cuerpo. Fue hasta el baño y se miró en el espejo del botiquín. Nada extraño parecía haber en su interior. Palpó la garganta. Se apretó los huesitos de la traquea. Todo parecía en el lugar habitual pero su sensación interna era de que algo se había salido de su lugar para siempre. O más bien había sido forzado a cambiar de sitio. Desde fuera todo se veía normal pero por dentro sabía que estaba obstruida. El aire con dificultad entraba y apenas salía. No podía tragar nada. Revisó en el cuero cabelludo en un juego con los espejos laterales. Estaba todo en su lugar. Sin embargo el dolor aumentaba con el paso de los minutos y tenía la sensación de una arenilla invasora en el cerebro. Desprovista de energía, e invadida por una angustia desconocida, sentía que no estaba enferma. Esto era algo diferente. No era un virus ni bacteria. Una desazón

se le estrenaba en cada costilla y pulmón.

Iba para su cuarto cuando tuvo el impulso de entrar al de su madre. Siempre dejaba la puerta abierta. Como ella: era todo corazón, expuesta y generosa, daba sin pedir a cambio. Las cortinas abiertas le calmaron en la tibieza de aquellos rayos, que con la timidez invernal iluminaban la habitación. Se ve que su madre había tenido un arrebató de limpieza porque varios objetos habían desaparecido y otros cambiaron de lugar. Lo que sí permanecía allí desde niña, en la pared frente a la cama de su madre, era aquel retrato en la toma de posesión del pabellón nacional. *"Mamá siempre estuvo orgullosa de ese momento"*, recordó Nayla con una opresión en el pecho. Abrió el ropero y estaba todo en orden. Nada faltaba y cada prenda acompañada por la de igual color. Se acostó en aquella cama que le había acobijado en días de fiebre, dolor de estómago o siestas de domingo haciendo huella en el costado de su madre. *"Las cucharitas no son propiedades de las parejas"*, reivindicó para sí Nayla al revivir el calor penetrante en su espalda fruto del refugio materno. Nunca habrá mejor medicina, natural o sintética, que sustituya la amalgama de este abrazo sanador. No tendió la cama porque a cada segundo la deshabitaba el poco caudal de energía que le quedaba. Había desistido de tomar analgésicos porque anticipó que no surtirían efecto. Le diría a su madre que la llevara al médico. Se le hacía eterno cada segundo hasta la hora de su regreso.

Intentó resistir hasta el crepúsculo pero en cuanto el sol se hizo padre ausente cerró los ojos para descansar. *"Es solo un ratito, me voy a despertar cuando escuche la llave en la cerradura"*, se prometió antes de abandonarse en el mundo oscuro del sueño.

Despertó cegada por la luz en la habitación. No tuvo pesadillas. Sintió que la noche fue un tirón. Sin malos sueños pero tampoco descanso. Aún le costaba respirar y el mismo hueso trancado en la garganta le impedía sentir hambre. El dolor en las sienes era descomunal y le martilleaba algo en el cerebro. Hasta podía sentir un *"crack"* que se deshacía entre los huesos de su cráneo. Al dejar de masajear el cuero cabelludo vio que las uñas estaban sucias. La tierra se deshacía en pequeños granitos y caían ensuciando las sábanas rosadas. Ansiosa miró el reloj en la mesa de luz. *¡Maldita sea, otra vez me dormí!* – se maldijo comprobando que su madre ya se había ido. Le habría retirado la rosa porque en su lugar había un clavel. Rojo y estoico se apoyaba en una carta. Al incorporarse para leerla tosió por el esfuerzo y negros guijarros le rasparon la lengua. Pastosa y seca escupía los enemigos de la respiración. Un extraño alivio le traspasó el esqueleto al ver rodar aquellas piedritas negras por el suelo. Tomó la carta y apoyó el clavel en su pecho mientras la leía, en un profundo deseo que las caricias de su madre cayeran de esos pétalos para colmar su pecho:

*"Mimosita mía, hija querida, mi pichoncita amada... Nayla, Nayla, Nayla... te pronuncio y aún no lo creo. ¿Qué hago con tanto amor estancado, mi vida? Sé que no estás pero, ¿cómo le explico a la gente que aún veo la huella de tu cuerpo en tu cama, que está tibia cuando regreso de trabajar, que le pellizcas las esquinas a las tostadas?, que tozuda te preparo por las mañanas aunque ya no me acompañes. Desafío todas las leyes de la vida porque cada ritual compartido contigo me da la sensación de que aún estas aquí. No hay dolor más grande que enterrarte sin cuerpo. Tu bello cuerpo, mi amor. Tu cuerpito hecho con mi carne. Tú que me habitaste desde que eras una sola idea. Habrás desaparecido y no podré verte pero sé que estás porque te siento. Una flor cada día dejaré para que un pétalo te acompañe donde estés. Una tostada calentita abrigará tus mañanas porque mis brazos ya no te podrán cobijar. Y dormiré hacia el costado izquierdo para ser tu amparo por las noches. Nunca seré una cuchara vacía, mi amor, porque tú has alimentado mi alma y yo seguiré nutriendo el honor de que seas mi hija hasta que me reúna contigo".*

Sus manos, que sostenían la carta, se hicieron niebla. La hoja se dejó caer sobre el hueco de la almohada. No se veía y no estaba ahí. Sin embargo, estaba más que nunca en su casa, en el espejo del botiquín, en la harina de las tostadas, en la savia de la flor sobre la mesa de luz, entre los átomos del sol que bañaba cada habitación, en los cabellos ondulados de su madre, en la tibia respiración, en la mirada perdida en las nubes, en los batidos del café con leche y en el ruido de la llave, entrando en la cerradura, para entibiar el alma de su madre a la voz de: *"mamá, ya llegué"*.